

Sin embargo, el nombre de los Borbones, desconocido ú olvidado de los pueblos, corrió en las páginas de Mr. de Chateaubriand y en las columnas de los periódicos por todo el imperio. Al pronto causó sorpresa, luego hubo un recuerdo, y en pocas horas el asombro y el olvido se convirtieron en una especie de fé borbónica. Poco á poco, sin disputas de ningun género, fueron uniéndose todos á aquel nombre, que parecia una áncora de salvacion en la confusion y oscuridad en que habian quedado las cosas. Hubo algunos incrédulos, pero pocos ó ninguno fueron los que murmuraron. Parecia que la Providencia se declaraba con la victoria por aquel nombre. Monsieur de Chateaubriand era un oráculo. Describia con rasgos arrebatadores personas imaginarias, los infortunios, las bondades, las virtudes y las gracias de los individuos proscritos de aquella familia, cuya existencia apenas era conocida algunos dias antes. Luis XVIII era un sábio de la escuela y del poema de Fenelon, que traia desde remotos climas la política, la esperiencia, la paz y la amnistia: Carlos X, entonces conde de Artois, el caballero heróico de la edad media, adornado con esas debilidades generosas de corazon que los franceses prefieren aun á las mismas virtudes: la duquesa de Angulema, la huérfana del Temple, la víctima propiciatoria de la revolucion, la prenda tierna y religiosa del perdon: el duque de Angulema, un segundo duque de Borgoña, preparado en el destierro para el trono por la docilidad á las lecciones de su tio y de su padre hermanos, hermanos de Luis XVI, consagrados con su sangre. El duque de Berry, un jóven Enrique IV, con sus lijerezas disimulables como prendas del valor y de la bondad del rey bearnés: los Condés, dos generaciones de héroes, cu-

ya vida habia segado en flor y cubierto de tristeza la crueldad del tirano: el duque de Orleans, un principe popular, que habia hecho olvidar los crímenes de los revolucionarios, de su nombre con el arrepentimiento de la inocencia y practicado en el destierro la vida de artesano para elevarse por su solo mérito al rango de los herederos del trono.

La Francia se maravillaba, se sonreia y se enternecia con aquellas pinturas. Cada periódico, cada folleto y cada conversacion las adornaba con los matices mas adaptados á la opinion de las diversas clases de la nacion, fuertes para el Mediodía, heróicos para la Vendée, patrióticos para el Este, y liberales y reflexivos para el Norte y para París. De este modo una vaga é inmensa poesia de opinion precedia al regreso de aquella familia, en que todos comenzaban á ver personificado uno de sus sueños de gobierno ó de corazon.

Tal era la verdadera disposicion de los ánimos en Francia el 4.º de abril y los dias que siguieron á la ocupacion de París. Entre el prestigio de las esperanzas apenas se preveia la desgracia presente. Ninguna familia que hubiera vivido en aquel suelo habria podido producir aquella unanimidad de ilusion y de adhesion. El largo destierro hacia el efecto de una perspectiva lejana: aumentaba y solemnizaba las figuras.

Solo el Senado comenzaba á alarmarse por un impulso que amenazaba llevar la opinion pública mas allá de los límites que su voluntad queria imponerla. El Senado habia cedido mucho con Napoleon para que no fuese descendiente con la Europa y la opinion reunidas. No era á Napoleon á quien queria disputar á la Europa; era

á sí mismo. Hombres llenos de poderío, de dignidades, de honores, de aristocracia, de sueldos, los senadores del imperio esperaban conservar su ascendiente, su autoridad y sus fortunas por medio de una defeccion: traficaban con el emperador. Talleyrand les hacia hábilmente vislumbrar la esperanza de conservar sus títulos al precio de que llamasen á los Borbones, y les insinuaba su nombre sin pronunciarle.—«Aprovechad la hora, decia en voz baja al Senado por medio de sus confidentes, y no comerciéis con la necesidad: en el día podeis haceros pagar vuestra adhesion á la voluntad secreta de las potencias: mañana la opinion que se va manifestando quizá os arrebatará. Quedareis confundidos en ese naufragio del que podeis salvar, sino al emperador, al menos vuestras dignidades y vuestras riquezas.» El Senado en masa estaba dispuesto á escuchar los consejos del destino y de Mr. de Talleyrand. Nada prepara mejor á la traicion que la baja de la adulacion. Cuando no se encuentra refugio en la conciencia, se busca con gusto en la humillacion.

## XXIII.

Los emisarios de Mr. de Talleyrand emplearon la noche en disipar los últimos escrúpulos de los senadores. No les fué difícil hacer comprender á aquellos caracteres generalmente enervados y amoldados ya hacia largo tiempo á las circunstancias, que el interés de la patria y el suyo exigian la pronta repudiacion del vencido. En aquel momento no habia en París mas que un centenar de senadores. Estaban viejos, achacosos, gastados por las revoluciones, y la responsabilidad de tiranía y de baja que habian aceptado con los decretos de conscripcion, contribuciones y silencio que Napoleon les habia hecho aprobar durante diez años. Algunos eran príncipes im-

provisados de la familia del emperador, y otros pertenecian á su servidumbre: un gran número de ellos eran hombres sin significacion, escogidos por la nulidad de su talento y la flexibilidad de su carácter para que la falta de valor personal no les dejase mas que el inherente á su dignidad. Otra parte, aunque pequeña, estaba compuesta con arte de hombres de opiniones liberales y hasta revolucionarias, para que una apariencia de oposicion diese á la nacion la idea de una contradiccion y de una independencia que no existian. En el número de los senadores destinados á comprobar la libertad é imparcialidad del Senado, se contaban algunos partidarios, aunque raros, de la casa de Borbon y algunos sectarios obstinados de las instituciones republicanas. Entre los primeros figuraban Maleville, Barthelemy, Pastoret, Barbé-Marbois y Jaucourt: entre los segundos Tracy, Volney, Gregoire y sus amigos de 1789 y 1791. Apoyándose en aquellas dos fracciones igualmente hostiles al imperio, y ayudado por la fuerza de los acontecimientos que desconcertaban toda resistencia, Mr. de Talleyrand estaba casi seguro de dominar al Senado. Tenia su servilismo pasado por garantía de su servilismo futuro. Hizo convocar al Senado para sesion extraordinaria el 1.º de abril. Muchos miembros de aquel cuerpo, temerosos de comprometerse con lo pasado y con el porvenir, se ocultaron ó alegaron varios pretextos para no asistir á la reunion: solo se presentaron sesenta y cuatro, que eran los mas animosos, los menos adictos al imperio, los mas decididos á doblegarse, ó los mas impacientes por mudar de amo. La vergüenza de las defecciones ya no les embarazaba.

## XXIV.

«Senadores, les dijo Mr. de Talleyrand, que queria cubrir con una apariencia de discusion una resolucion

imperiosa, se trata de transmitirnos unas proposiciones. Esta sola palabra, añadió bajando la vista y fijándola en el papel que tenia en la mano, esta sola palabra basta para indicar la libertad que disfrutais en esta asamblea: ella os proporciona el medio de dar una generosa expansion á los sentimientos de que se halla poseida vuestra alma, la voluntad de salvar á vuestro pais, y la resolucion de acudir al socorro de un pueblo abandonado. Aun cuando las circunstancias son graves, no pueden ser superiores al firme é ilustrado patriotismo de los individuos de esta asamblea, y seguramente, todos estareis convencidos de la necesidad de una deliberacion que cierre la puerta á las dilaciones, y no deje trascurrir el dia sin restablecer la accion de la administracion, la primera de todas las necesidades, por la formacion de un gobierno cuya autoridad, establecida por la urgencia del momento, debe ser necesariamente tranquilizadora.»

## XXV.

Aquellas palabras, redactadas por el abate de Pradt, no disfrazaban el acto abyecto que iba á provocarse bajo la forma y la dignidad de la discusion. Era el tartamudeo de la impudencia ofreciendo el pretesto mas vil á la cobardía. Las palabras eran tan bajas como los sentimientos: fueron recibidas como habian sido escritas y pronunciadas, con rubor en los semblantes, y con latidos de versatilidad en los corazones. Nadie contestó: todos inclinaron la cabeza en señal de asentimiento. Algunos palmorearon y aplaudieron con fingido entusiasmo por la misma energia de la pusilanimidad, convertida en valor cívico. Mr. de Talleyrand comprendió por aquel silencio, que la fortuna era la dueña absoluta de sus almas, y que podia disponer de ellas á su gusto para vender el impe-

rio á sus enemigos. Sin consultar á sus colegas, designó los miembros de un gobierno provisional, elegido unicamente por él con toda premeditacion durante la noche. Un senado-consulta, votado sin discusion á una seña de Mr. de Talleyrand, ratificó aquella eleccion. En seguida lisonjeó á los liberales del Senado, recordándoles que los aliados habian pronunciado la palabra Constitucion, y que era necesario promulgarla. El Senado, en vista de lo avanzado de la hora, se limitó á decretar las bases. El primer artículo fué declarar la conservacion del Senado: hablábase tambien en él de un cuerpo legislativo y de la libertad de las opiniones. Però tan acostumbrados estaban al silencio, que ni siquiera hicieron mencion de la libertad de la palabra. En ella se concedía al ejército, al que querjan desprender de su gefe, la conservacion de sus grados y sueldo: á los compradores de bienes de emigrados la garantia de la inviolabilidad de sus posesiones, despojos de la revolucion con que muchos senadores habian formado sus riquezas: la amnistía para las opiniones, la libertad de cultos y de escribir reservándose el formar leyes represivas para los abusos de aquellas dos libertades.

## XXVI.

Mr. de Talleyrand habia escogido los individuos del gobierno provisional con profunda sagacidad. Sus nombres estaban equilibrados de manera, que daban esperanzas á todos los matices de la opinion, que se queria separar desde luego de Napoleon para dársela toda entera á loa Borbones. Se reservó para sí la presidencia de aquel gobierno, á titulo de gran dignatario del imperio, mediador tolerado por Alejandro entre los aliados y la nacion, y representante de los intereses del Senado. Esta triple actitud, dejaba la indecision política personifi-

cada en él. Todo podían esperarlo los partidos de un hombre semejante. A Mr. de Talleyrand seguían el duque de Alberg, ilustre por el nombre, de origen alemán, pero francés por las dignidades, igualmente apto para volver á unirse á la aristocracia por su nacimiento, como para servir á un gobierno revolucionario por sus opiniones: uno de esos hombres cosmopolitas de carácter y de ideas, que la naturaleza ha formado para quedarse á flor de agua en todos los acontecimientos. El duque de Alberg, personaje instruido, gracioso, y atractivo, era muy útil para las negociaciones de Mr. de Talleyrand, además no tenía en Francia mas ascendiente personal que su nombre. Podía prometerse á todos los partidos. Los aliados le aceptaban sobre todo, porque tenía que rescatar de ellos sus títulos de Alemania con los servicios que les prestase en Francia.

## XXVII.

Luego iba Mr. de Jaucourt, de un apellido de la antigua aristocracia francesa rejuvenecida por la revolución: desde 1790 pertenecía á la escuela revolucionaria moderna de Mr. de Talleyrand y de Mr. de Lafayette. Pero tan decidido por el orden como resuelto á las reformas, Mr. de Jaucourt habia manifestado en 1791 y 1792 en los campamentos, en las jornadas de París, y en las asambleas, el valor de un héroe y el alma de un sábio. Había luchado de obra y de palabra contra los representantes mas populares, y contra la demagogia de los clubs omnipotentes. Preso por su audacia despues del 40 de agosto, Danton le libertó de las premeditadas matanzas de setiembre. Madama de Stael, que apreciaba su valor, participaba de sus opiniones, y á quien agradaban las gracias de su talento, le hizo escapar y le preparó un

asilo en Suiza. De regreso á Francia despues de un largo destierro, encontró á su amigo Talleyrand, ministro del consul Bonaparte. Los resentimientos del terror, le precipitaron en la nueva monarquía como un asilo contra los jacobinos. Allí encontró la seguridad, la dignidad y la fortuna. La senaduría de Florencia fué la recompensa de su adhesion. Pero la insaciable ambicion de Mr. de Talleyrand le arrastró á la desafeccion del imperio. La excesiva tiranía ó los reveses de Napoleon le cansaron de los primeros en el Senado. Con la victoria habia vuelto á las deidades de su juventud, la legitimidad y la libertad constitucional. Semejante hombre, unido á Mr. de Talleyrand por quince años de familiaridad, y que en su pasado encontraba una excusa para su fogosa defeccion, convenia admirablemente á la hábil mano de su amigo. Era á propósito para arrastrar en pos de sí y á un mismo tiempo, á la nobleza y al partido moderado de la revolución. La amistad le enlazaba con Mr. de Talleyrand, su nacimiento en la aristocrácia, sus recuerdos á la Constitución, y los favores recibidos al imperio: era pues aceptable para todos.

## XXVIII.

Seguíale el general Beurnonville, hombre mixto también como Jaucourt, de noble nacimiento, de una opinion flexible, pero honrado, y de un valor célebre en los ejércitos de la república. Dumouriez, de quien habia sido teniente, le apellidaba el *Ajax francés* ministro de la guerra en 1793, Beurnonville habia luchado con intrepidez contra la dominacion de los jacobinos. Enviado á Bélgica en los momentos de la traicion de Dumouriez para evitarla y contener á su antiguo general en el borde de la defeccion, Beurnonville fué preso por él y entre-

gado á los austriacos. Encerrado cuatro años en los calabozos de Olmutz fué cangeado, despues de la caída de Robespierre, con la hija de Luis XVI, presa en el Temple. Napoleon recogió aquel resto de las guerras revolucionarias, y le nombró senador. Beurnónville, sin embargo, se hallaba olvidado ú oscurecido por los compañeros del emperador en Egipto é Italia. Sus recuerdos le decian que era mas grande por sí mismo, que aquellos favoritos de los nuevos campamentos. Su corazon le recordaba tambien los reyes de su juventud, por quienes se habia batido el 10 de agosto. La caída de Napoleon iba á volver á poner en escena su nombre y sus servicios. No podia adherirse á un gobierno que le parecia injusto ó ingrato. Mr. de Talleyrand le presentaba como una prenda al antiguo ejército, como un héroe de las guerras republicanas desatendido, á quien la monarquía constitucional podia honrar sin temor. El nombre de Beurnonville tenia tres aspectos que tranquilizaban á la vez á las tres opiniones. Pero su corazon pertenecia á la Restauracion.

## XXIX.

Por último, el gobierno provisional quedaba completo con la significacion del nombre del último de sus individuos, que era el abate de Montesquion.

Pertenecia este á una familia, tronco de la Francia aristocrática y monárquica. Este nombre precedió en la historia al de las dos últimas razas de los reyes. Hasta los pueblos democráticos aman esos hombres que son las costumbres y los títulos de sus anales. Les parece que esos nombres ennoblecen las revoluciones populares. Su nacimiento condujo desde luego al abate de Montesquion á las funciones mas elevadas del clero. Negociador hábil, persuasivo y frio, entre los intereses de su clase que

procuraba salvar, y las exigencias de la revolucion que se esforzaba en moderar sin chocar con ella, se habia adquirido una doble influencia en la asamblea constituyente. Admitido muchas veces como árbitro, siempre respetado, entre la filosofía impaciente por vulnerar á la iglesia, y la iglesia disputando los últimos restos de su establecimiento temporal, desde que se consumió la revolucion, mantenía relaciones poco secretas con Luis XVIII, de quien era el principal corresponsal en París. Napoleon lo sabia y lo toleraba. Preferia una correspondencia casi pública entre París y Luis XVIII, á las tentativas tenebrosas y desesperadas. Mr. de Montesquion, era por decirlo así, el jefe de una conspiracion pacífica, y permitida por aquel contra quien se dirigia. Hombre medurado, en todo, apacible, y de transacion, el abate de Montesquion, era eminentemente propio para calmar todas las venganzas de una restauracion, y tranquilizar á los partidos demasiado comprometidos con la Revolucion y con el Imperio. Aquel nombre era ademas una prenda segura para los realistas. Al verle inscripto en la lista del gobierno provisional, los amigos de los Borbones no podian dudar que Luis XVIII seria la última palabra de aquel gobierno.

## XXX.

Tales eran los preludios de la revolucion que se preparaba en casa de Mr. de Talleyrand y en el Senado: faltaba allí la voz oficial del pueblo de París: estalló por el día. El consejo municipal, sombra del antiguo ayuntamiento, esmerada y severamente depurado y mutilado en sus atribuciones por el Imperio, encerraba todavía sin embargo algunos de esos elementos de representacion municipal que personifican á las ciudades. Lo que se

llamaba antiguamente el tercer estado, era el que mas dominaba en el Consejo municipal. Los oficios, las artes, el comercio, la industria, el foro, la magistratura, eran y todavía son los llamados á esa representacion provincial y local, por los electores de esas diferentes profesiones, que son los mas numerosos en todas las ciudades, porque sus profesiones son allí tambien las mas generales. La aristocracia de los cuarteles y de las profesiones tiene y tendrá siempre asiento en la municipalidad. La opinion es allí media como las condiciones: la inteligencia clara y viva, pero doméstica y circunscripta á los intereses, como el instinto de los hogares y de los talleres del pueblo. Rara vez, esas corporaciones toman la iniciativa en una cuestion política, pero de sus reuniones casi siempre sale la señal del peligro comun. Allí se forma y toma incremento el murmullo de los resentimientos públicos contra las persecuciones que amenazan la seguridad de los hogares. Allí enmudecen el heroismo, pero el egoismo social es apasionado y elocuente.

Un individuo, hasta entonces entusiasta y muchas veces-adulador del genio de Napoleon, mientras protegía é ilustraba á la Francia, Mr. Bellart, reasumió de repente la impresion pública de terror y decepcion que se habia apoderado de París, desde que el emperador habia hecho de la Francia y de la capital el campo de batalla y la presa del extranjero. Sus victorias le habian parecido virtudes, sus reveses le parecian crímenes.

Se arrebató contra el hombre que ya no sabia dominar el destino. Propuso al Consejo municipal la iniciativa del primer golpe dirigido por una corporacion instituida contra el emperador y el Imperio. El prefecto de París, Mr. de Chabrol, no se atrevió á aprobar ni á oponerse. Hombre incapaz de hacer traicion, y cansado quizá de servir, se abstuvo é hizo dimision de sus funciones. Abandonado de aquel modo el Consejo á sí mismo, votó y publicó la declaracion siguiente, esplosion justa

para unos, de venganza para otros, y de abandono para todos.

«Habitantes de París!...

«Vuestros magistrados serian traidores para con vosotros y la patria, si por mezquinas consideraciones personales, comprimiesen por mas tiempo la voz de su conciencia. Ella les grita que todos los males que os agobian los debeis á un solo hombre.

«El es, el que todos los años diezma nuestras familias con la conscripcion. ¿Quién de nosotros no ha perdido un hijo, un hermano, parientes ó amigos?... ¿Por quién han muerto todos esos valientes?... Por él solo, no por el pais. ¿Por qué causa?... Han sido sacrificados únicamente á la demencia de dejar detrás de sí, el recuerdo del mas espantoso opresor, que ha pesado sobre la especie humana.

«El es, el que en vez de cuatrocientos millones que la Francia pagaba en tiempo de nuestros buenos reyes, para ser libre, dichosa y tranquila, nos ha sobrecargado con mas de mil y quinientos millones de contribucion, los que todavía amenazaba aumentar.

«El es quien nos ha cerrado los mares de los dos mundos; el que ha secado todos los manantiales de la industria nacional, arrancado de los campos á nuestros labradores y de los talleres á nuestros obreros.

«Á él debemos el rencor de todos los pueblos, sin haberlo merecido, pues que, como ellos, fuimos victimas desgraciadas, aun mucho mas que tristes instrumentos de su rabia.

«¿No es él tambien, el que violando lo que los hombres tienen por mas sagrado, ha retenido cautivo al venerable gefe de la religion, y privado de sus estados, por una detestable perfidia, á un rey aliado suyo, y entregado á la devastacion á la nacion española, nuestra antigua y siempre fiel amiga?...

«¿No es él tambien, el que enemigo de sus propios

súbditos, largo tiempo engañados por él, después de rehusar ahora mismo una paz honrosa, con que al menos hubiera podido respirar nuestro país, ha concluido por dar la orden parricida de esponer inútilmente la guardia nacional para la defensa imposible de la capital, sobre la que llamaba de ese modo la venganza del enemigo?...

«¿No es él, por fin, el que temiendo sobre todo á la verdad, ha arrojado ignominiosamente á la faz de la Europa, á nuestros legisladores, porque trataron de decirse una vez con tanta consideracion como dignidad?.....

«¿Qué importa que no haya sacrificado mas que un corto número de personas á sus rencores particulares, si ha sacrificado á la Francia, ¿que decimos la Francia?... toda la Europa á su desmesurada ambicion?

«Ambicion ó venganza, el motivo importa poco. Sea la que quiera la causa, ya veis el efecto: ¿veis ese vasto continente de Europa, cubierto por todas partes de huesos de franceses, mezclados con los de otros pueblos, que nada tenían que pedirse unos á otros, que no se aborrecian, que las distancias eximian de querellas, y que solo ha precipitado á la guerra, para llenar la tierra con el ruido de su nombre!...

«¿Qué nos puede decir de sus pasadas victorias? ¿Qué bienes nos han producido esas funestas victorias?... El odio de los pueblos, las lágrimas de nuestras familias, el celibato forzado de nuestras hijas, la ruina de todas las fortunas, la viudez prematura de nuestras mugeres, la desesperacion de los padres y madres, á quienes de una posteridad numerosa, no queda ya la mano de un hijo, para cerrarle los ojos: ¡he ahí lo que nos han producido esas victorias!... Ellas son las que en el día han traído á nuestro recinto, que siempre ha permanecido intacto bajo la paternal administracion de nuestros reyes, á los estrangeros, cuya generosa proteccion exige reconocimiento.

cuando tan dulce nos hubiera sido ofrecerles una alianza desinteresada.

«No hay entre ellos ninguno, que en lo íntimo de su corazón no le deteste como á un enemigo público, ni uno siquiera que no haya formado el voto de ver poner un término á tantas crueldades.

«Seríamos unos desertores de la causa pública, si dilatásemos el manifestar ese voto de nuestros corazones y de los vuestros.

«La Europa armada nos lo pide: lo implora como un beneficio para la humanidad, como la garantía de una paz universal y duradera.

»¡Parisienses!... la Europa armada no lo obtendría de vuestros magistrados si no fuese conforme á sus deberes.

«En nombre de esos mismos deberes, los mas sagrados de todos, abjuramos la obediencia al usurpador para ofrecerla á nuestros dueños legítimos.

«Si hay peligro en seguir este impulso del corazón y de la conciencia, desde luego le aceptamos. La historia y el reconocimiento de los franceses recogerán nuestros nombres y los legarán al aprecio de la posteridad.

«En su consecuencia:

«El consejo general del departamento del Sena, consejo municipal de París, de motu proprio, y por unanimidad de sus individuos presentes, declara:

«Que niega formalmente la obediencia á Napoleon Bonaparte; y espresa su mas ardiente voto por que sea restablecido el gobierno monárquico en la persona de Luis XVIII y en las de sus sucesores legítimos.

«La presente declaracion y la proclama que la explica, será impresa, distribuida, y fijada en los sitios públicos de la capital, notificada á todas las autoridades que han quedado en París y en el departamento, y remitidas á todos los consejos generales de los departamentos.»